tos, de los cuales no conozco más que una parte. A eso de las diez hizo que encendieran lumbre; mandó que le lleváran una botella de vino, y envió á dormir á su criado. El cuarto de éste, como los de todos los que vivian en la casa, se hallaba á gran distancia del de Werther. El criado se acostó vestido para estar dispuesto muy temprano, porque su amo le había dicho que los caballos de posta llegarian ántes de las seis de la mañana.

Despues de las once.

· Todo duerme en torno mio, v mi alma está tranquila. Te dov gracias ich Dios! por haberme concedido en momento tan supremo resignacion tan grande. Me asomo á la ventana, amada mia, y distingo á traves de las tempestuesas nubes algunos luceros esparcidos en la inmensidad del del cielo. i Vosotros no desapareceréis, astros inmortales! El Eterno os lleva, lo mismo que á mí. Veo las estrellas de la Osa, que es mi constelacion favorita, porque de noche cuando salia de tu casa la tenía siempre delante. i Con qué delicia la he contemplado muchas veces! ¡Cuántas he levantado mis manos bácia ella para tomarla por testigo de la felicidad que entonces disfrutaba! | Oh, Carlota! & Qué hay

en el mundo que no traiga á mi memoria tu recuerdo? ¿No estás en cuanto me rodea? ¿No te he robado, codicioso como un niño, mil objetos insignificantes que habias santificado con sólo tocarlos?

Tu retrato, este retrato querido, te lo doy suplicandote que lo conserves. He impreso en él mil millones de besos, y lo he saludado mil veces al entrar en mi habitacion v al salir de ella. Dejo una carta escrita para tu padre, rogandole que proteja mi cadáver. Al final del cementerio, en la parte que da al campo, hay dos tilos, á cuya sombra deseo reposar. Esto puede hacer to padre por su amigo, y tengo la seguridad de que lo hará. Pídeselo tú tambien, Carlota. No pretendo que los piadosos cristianos dejen depositar el cuerpo de un desgraciado cerca de sus cuerpos. Quisiera que mi sepultura estuviese á orillas de un camino ó en un valle solitario, para que cuando el sacerdote ó el levita pasasen junto á ella, elevasen sus brazos al cielo, bendiciéndome, y para que el samaritano la regase con sus lágrimas. Carlota: no tiemblo al tomar el cáliz terrible y frio que me dará la embriaguez de la muerte. Tú me lo has presentado, y no vacilo. Así van á cumplirse todas las esperanzas y todos los deseos de mi vida; todos, si, todos, ide web released to sebence plant

·Sereno y tranquilo voy á llamar á la puerta de bronce del sepulcro. i Ah! iSi me hubiese cabido en suerte morir sacrificándome por tí! Con alegría, con entusiasmo hubiera abandonado este mundo, seguro de que mi muerte afianzaba tu reposo y la felicidad de toda tu vida. Pero jay! sólo algunos seres privilegiados logran dar su sangre por los que aman, y ofrecerse en holocausto para centuplicar los goces de sus preciosas existencias. Carlota: deseo que me entierren con el vestido que tengo puesto, porque tú lo has bendecido al tocarlo. La misma peticion hago á tu padre. Prohibo que me registren los bolsillos. Llevo en uno aquel lazo de cinta color de rosa que tenías en el pecho el primer dia que te vi, rodeada de tus niños ¡Oh! abrázalos mil veces, y cuéntales el infortunio de su desdichado amigo. ¡Cuánto les quiero! Aun los veo agruparse en torno mio. ¡Ay! ¡Cuánto te he amado desde el momento en que te vil Desde ese momento comprendi que llenarias toda mi vida..... Haz que entierren el lazo conmigo Me lo diste el dia de mi cumpleaños, y lo he conservado como sagrada reliquia. ¡Ah! nunca sospeché que aquel principio tan agradable me condujese á este fin. Ten calma, te lo ruego, no te desesperes..... Están cargadas..... Oigo las doce..... i Sea lo

WINDER OF T

que ha de ser! Carlota..... Carlota..... ¡Adios!

down obisers contact at the contact

Un vecino vió el fogonazo y ovó la detonacion; pero como todo permaneció tranquilo, no se cuidó de averiguar lo ocurrido. A las seis de la mañana del siguiente dia entró el criado en la alcoba con una luz, v vió á su amo tendido en el suelo, bañado en su sangre y con una pistola al lado. Le llamó, y no obtuvo respuesta. Ouiso levantarle v observó que todavía respiraba. Corrió á avisar al médico v á Alberto. Cuando Carlota oyó llamar, un temblor convulsivo se apoderó de todo su cuerpo. Depertó á su marido y se levantaron. El criado, llorando y sollozando, les dió la fatal noticia: Carlota cayó desmayada á los piés de su marido.

Guando el médico llegó al lado del infeliz Werther, le halló todavía en el suelo, y en un estado deplorable. El pulso latia aún, pero todos sus miembros estaban paralizados. La bala habia entrado por encima del ojo derecho, haciendo saltar los sesos. Le sangraron de un brazo: la sangre corrió: todavía respiraba. Unas manchas de sangre que se veian en el respaldo de su silla, demostraban que consumó el suicidio sentado delante de la mesa en que escribia, y que en las convulsiones de la agonía habia rodado al suelo. Se hallaba tendido boca arriba, cerca de la ventana, vestido y calzado, con frac azul y chaleco amarillo.

La gente de la casa y de la vecindad, y poco despues todo el pueblo, se pusieron en movimiento. Llegó Alberto. Habián colocado á Werther en su lecho con la cabeza vendada. Su rostro tenía ya el sello de la muerte. No se movia; pero sus pulmones funcionaban aún de un modo espantoso: unas veces casi imperceptiblemente: otras con ruidosa violencia. Se esperaba que de un momento á otro exhalase el último suspiro:

No había bebido más que un vaso de vino de la botella que tenia sobre la mesa. El libro de Emilia Galotti (1) estaba abierto sobre el pupitre. La consternacion de Alberto y la desesperacion de Carlota eran indescriptibles.

El anciano juez llegó turbado y conmovido. Abrazó al moribundo, bañándole el rostro con su llanto. Sus hijos mayores no tardaron en reunírsele, y se arrodillafon junto al lecho, besando las manos del herido y demostrando hallarse poseidos del más intenso dolor. El de más edad, que habia sido siempre el predilecto de Werther, se colgó al cuello de su amigo, y permaneció abrazado á él hasta que espiró.

La presencia del juez y las medidas que tomó evitaron todo desórden. Hizo enterrar el cadáver por la noche, á las once, en el sitio que había indicado Werther. El anciano y sus hijos fueron formando parte del fúnebre cortejo: Alberto no tuvo valor para tanto.

Durante algun tiempo se temió por la vida de Carlota

Werther fué conducido por jornaleros al lugar de su sepultura; no le compañó ningun sacerdote.

⁽¹⁾ Tragedia del célebre poeta Gotthold Efraim Lessing, que nacio en 1729, y murió en 1781. En castellano tenemos un arregio notabilisimo de esta obra, titulado Unduelo à muerte, debido al eminente autor de El Trovador.

